

# “Unx marica con las güevas bien puestas”: La demanda racializada y sexo-género disidente dentro del paro nacional en Cali

Mauri Balanta Jaramillo

## Resumen

Las expresiones de violencia desde la intersección raza-género-sexualidad, durante el paro nacional de Colombia en 2021, es uno de los factores más cuestionables en términos de legitimar el lugar de los grupos étnicos y las diversidades del género y la sexualidad en la búsqueda de nuevos acuerdos sociales. Dichas violencias no sólo provienen del Estado que, ciertamente, ha moldeado la identidad nacional desde una perspectiva heteronormativa y binaria, sino también desde facciones de la protesta popular que promueven la anulación política de estas subjetividades y de los enfoques diferenciales que permitan una mejor comprensión de sus realidades en clave de justicia y reparación. De este modo, el siguiente artículo, cuyo título evoca una de las consignas LGBTIQ+ presentes en las movilizaciones de Cali, reúne varios postulados del pensamiento feminista negro, la crítica *queer* y trans de color, y algunos testimonios de la protesta, para llamar a una necesaria crítica sobre cómo este levantamiento popular también refleja la permanencia de muchas prácticas y discursos legados por el poder patriarcal y colonial a la “cultura popular”, que menoscaban la agencia de personas racializadas y sexo-género-disidentes en este momento histórico, impidiendo que estas se afirmen políticamente dentro de una lucha donde pudieran gozar de condiciones justas de participación y representatividad.

El paro nacional, que tuvo lugar en Colombia durante el primer semestre de 2021, recoge el acumulado de injusticia, desigualdad y violencia que las poblaciones obreras, campesinas, indígenas, afrodescendientes, mujeres y LGBTIQ+ denunciaron frente a proyectos de ley como el de la reforma tributaria que impulsaba el presidente Iván Duque Márquez, en el marco de una política ultraderechista que ha regido el país en los últimos 20 años, bajo la figura de Álvaro Uribe Vélez.

La masiva movilización que logró sostenerse por más de 2 meses y cuyo protagonismo se centró en la juventud, también se caracterizó por ser una de las más sangrientas de la historia colombiana. Los esfuerzos del Estado por deslegitimar el carácter político de la protesta se tradujeron en hechos terribles de violencia policial que, según la ONG Temblores<sup>1</sup>, cuentan 5808 casos entre homicidios, violencia física y violencias sexuales, teniendo como principales víctimas a jóvenes de sectores empobrecidos y racializados.

El uribismo ha promovido tal nivel de maniqueísmo político desde su combate a la guerrilla de las FARC, que dio lugar a un potente fenómeno de polarización nacional, donde las expresiones de oposición al gobierno fueron asociadas directamente con este grupo subversivo, justificando la violenta persecución de la fuerza pública, además

<sup>1</sup> Es una ONG colombiana que, a través de su plataforma GRITA, busca facilitar la denuncia de violencias policiales. [www.temblores.org](http://www.temblores.org).

de una constante enajenación por parte de los sectores más conservadores de la sociedad colombiana hasta el reciente mandato de Iván Duque Márquez.

Del gobierno de Duque se pueden mencionar tres factores que produjeron una crisis democrática sin precedentes, sirviendo de antesala al paro nacional: el desmantelamiento de los acuerdos de paz firmados con el presidente Juan Manuel Santos, los numerosos escándalos de corrupción que vinculaban a políticos del uribismo con grupos narcotraficantes y paramilitares, y el aumento exponencial de líderes sociales asesinados.

Uno de los principales efectos de la política actual es la agudización de las brechas y disparidades sociales, a través de múltiples reformas que se hicieron a los sistemas de protección social. Otro efecto lamentable se registra en el mayor número de asesinatos de líderes sociales en la historia moderna. De acuerdo con Indepaz, entre 2020 y 2021 hubo 719 víctimas, estimando 2.6 muertes por día, las cuales representan a la población racializada, campesina y empobrecida de Colombia, en su mayoría de comunidades y territorios afrodescendientes.<sup>2</sup> A este panorama, además, se suma la precarización del sector agrícola, la brutalidad policial y los indicadores de calidad de vida más bajos desde los años 90.

Así pues, el paro nacional puede considerarse un acto de soberanía de las clases bajas contra las reformas tributarias que pretenden hacer pagar a la ciudadanía el desfinanciamiento del país que ha causado la corrupción. Las voces de los pueblos y comunidades exigieron reformas construidas con la amplia participación de todos los sectores y grupos sociales del país, así como cambios radicales en la institucionalidad.

Respecto a la población

---

<sup>2</sup> Informe *Masacres en Colombia durante el 2020, 2021 y 2022*, del Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz (Indepaz). [www.indepaz.org.co](http://www.indepaz.org.co)

afrocolombiana y LGBTIQ+, se demuestra una permanencia en los contextos de mayor vulneración a los derechos humanos donde, incluso hablar sobre protesta social requiere de la crítica profunda a las concepciones, discursos y prácticas bajo las cuales se ha configurado un marco de representación para las subjetividades racializadas y disidentes del género y la sexualidad, problematizando las lógicas dominantes de identidad y género que han permeado todos los niveles de la sociedad, para evidenciar cómo se mantienen condiciones sociales específicas para someter estas vidas a la invisibilidad y la aniquilación.

Colombia se ha constituido en un país culturalmente heterogéneo y esta diversidad también hace alusión a un ordenamiento y una jerarquización de las diferencias culturales en el espacio económico y sociocultural del país (Viveros Vigoya 2013). Por lo tanto, el paro nacional tampoco escapó de ser un escenario donde se hicieron presentes tensiones y fracturas a causa de la escasa y, en muchos casos, nula representación y participación de personas negras y LGBTIQ+ en espacios de discusión y negociación. De hecho, algunas de estas denunciaron haber sufrido agresiones y discriminación que disminuyeron su intención de movilizarse o, en otros casos, generar espacios de afirmación política más seguros.

Resulta imperativo entender las conexiones que el paro nacional tuvo con otras manifestaciones de la sociedad civil en las Américas y el Caribe. Durante el primer año de la pandemia del COVID-19, las desigualdades sociales se concentraron en las mujeres, el campesinado, las comunidades afrodescendientes e indígenas y la población LGBTIQ+, paralelamente a la avanzada ultraderechista en los gobiernos de la región y sus efectos directos dentro de las formas de organización ciudadana

y las agendas progresistas y feministas.

Lo acontecido en Colombia puede considerarse clave en la historia contemporánea, en la medida que logró convocar una pluralidad de expresiones sociales y políticas, en coherencia con los desafíos de la crisis democrática en el país. Sin embargo, también es importante reconocer las condiciones históricas que han limitado la participación de poblaciones como las comunidades negras y LGBTIQ+, en aras de trabajar por su debida inclusión en nuevos acuerdos sociales, lo cual llama a la necesaria revisión de ciertos marcos ideológicos dentro de políticas alternativas y movimientos sociales, donde sugerir la incorporación de enfoques diferenciales, genera claras divisiones, pugnas internas y procedimientos que, al instrumentalizar la participación de estas personas, aleja todavía más la posibilidad de que salgan de los confines del abandono y la muerte.

La movilización ciudadana, aunque masiva, pacífica y multisectorial en casi todos los municipios de Colombia, y caracterizada por el despliegue de manifestaciones artísticas y culturales en defensa de la dignidad y la vida, logró sostenerse con el esfuerzo de las poblaciones más vulnerables, que recibieron los impactos más fuertes de la brutalidad policial dentro de sus territorios.

Fue Cali, la tercera ciudad capital más importante de Colombia, la que registró los mayores niveles de movilización social del país; pero, al mismo tiempo, fue el lugar donde se intensificó la violencia estatal. El mandato de asistencia militar, ordenado por el presidente Duque, desató la muerte en las zonas pobres y periféricas de la ciudad, donde ya está instalada una fuerte criminalización de la juventud, principalmente aquella que padece los reductos de la racialización, la segregación y el abandono producido por el mismo Estado.

## El teatro de la ciudad incluyente

Introducir una crítica sobre el lugar de las personas racializadas y sexo-género disidentes en el paro nacional, conlleva a analizar las formas de sujeción que se han reconfigurado dentro de un paradigma de igualdad que sustenta los marcos legales comunes en los regímenes democráticos. Asimismo, abordar fenómenos como la racialización dentro de la ley, permite cuestionar los modos y términos en que se ha construido el paradigma legalidad-raza, donde se muestra una inferiorización naturalizada y tolerada desde la concepción misma del asunto racial.

En una ciudad como Cali, el paradigma de la inclusión se ha convertido en la manera de gestionar el rechazo hacia la negritud como parte de la cultura ciudadana, mejor conocida como *caleñidad*, donde se otorga al cuerpo negro un lugar de bien cultural que se administra e interviene bajo las convenciones de desarrollo social y económico trazados por las políticas multiculturalistas; pero nunca se reconoce en su acepción más amplia y digna de ciudadano.

Desde ahí se puede explicar por qué siendo Cali el segundo enclave urbano afrodescendiente más grande de América Latina, detenta los niveles más bajos de calidad de vida y protección social para la gente negra. El oriente de la ciudad (habitado en su mayoría por personas afrodescendientes) se ha convertido en el principal proveedor de materia prima para los trabajos en construcción y servicio doméstico, sin que exista una regularización para tales oficios. De tal manera, las políticas de inclusión social no han tenido un alcance mayor que enseñar a la gente negra cómo administrar intergeneracionalmente la misma pobreza a la que les condena el abandono estatal.

Durante el paro, Cali presentó

una de las manifestaciones más fuertes de la violencia urbana paramilitar de las últimas décadas, cuando residentes de los barrios privilegiados del sur y el oeste de la ciudad, salieron armados e hirieron a 10 miembros de la Minga Indígena del norte del Cauca que vinieron a apoyar las movilizaciones. Por redes sociales circularon varios vídeos en los que se veía a la policía encubriendo a hombres que disparaban desde sus automóviles de alta gama, cuyas matrículas estaban cubiertas, e incluso infiltrando a varios policías como civiles en los disturbios.

El propio alcalde de Cali, Jorge Iván Ospina, alimentó las expresiones violentas de estos ciudadanos, que durante las protestas se autoproclamaron “gente de bien”, al sugerir que los indígenas no eran parte de la ciudad y que debían regresar a sus comunidades. Todo esto demostró que el concepto de *caleñidad* se ha construido sobre la criminalización y la marginación de los pueblos negros e indígenas que también habitan las periferias de la ciudad.

Este caso revela cómo el multiculturalismo liberal (Hale 2005) inscribe la idea del mestizaje como mecanismo de adaptación a las exigencias del mercado, mientras mantiene y reproduce las jerarquías raciales internas, pero codificadas en clave cultural (Viveros Vigoya 2009). Desde la mirada de Saidiya Hartman (1997), tales expresiones paramilitares informarían sobre cómo la actual política democrática de Colombia contradice y erosiona el terreno mismo donde se promocionan los derechos humanos, al responder de manera condescendiente a la protesta de sectores supremacistas que encontraron protección y aliento en un gobierno abiertamente guerrillero.

Al mismo tiempo, se puede contrastar la fuerza represiva que el Estado dirigió hacia la protesta, con un discurso ciudadano de empatía hacia las luchas raciales y sexo-género disidentes que, en muchos sentidos, busca matizar

la constante enajenación de esa identidad blanco-mestizo-hetero-cis-normada que representa los valores nacionales y que no se cuestiona la normalización de la violencia y criminalización de aquellas subalternizadas. Por el contrario, sigue alimentando modos de relación que las condenan a vivir una ciudadanía de segunda categoría, siempre acostumbrada a verse desde lejos y sin hacer mayores contribuciones para que la injusticia deje de ser su pan de cada día.

### ***Lo revolucionario no quita lo racista y lo transfóbico: expresiones de la violencia racial y de género en el paro nacional***

La interseccionalidad continúa siendo un enorme desafío en la praxis política de los movimientos sociales en Colombia. Más allá de una denominación alternativa, comunitaria o popular para los procesos organizativos, es en la negociación de categorías como la raza, el género y la sexualidad, donde se refleja una marcada tendencia a limitar las oportunidades de afirmación y acción. Por ende, al interrogar el racismo o la violencia de género dentro de las agendas, estos resultan asociados a comportamientos individuales, pero pocas veces se perciben o se denuncian en su dimensión estructural (Viveros Vigoya 2021).

Durante el siglo XX, los proyectos nacionalistas en la región adoptaron el multiculturalismo como una ideología capaz de administrar la diversidad cultural, sin implicar una eliminación de las jerarquías sociales instauradas por el colonialismo (Wade 2009). Por ello, la identidad nacional se ha configurado de acuerdo con criterios biopolíticos que, desde la institucionalidad, excluyen aquellas identidades que contravienen el sentido común hegemónico sobre un cuerpo o un cuerpo político nacional (Snorton 2017).

La intersección raza-género-sexualidad, denota una performatividad intramural capaz de confrontar las relaciones de poder que atraviesan las esferas sociales y sus cambiantes nociones de valoración humana (Snorton 2017). Al traducir dicha performatividad en participación, se subraya la urgencia de identificar los discursos y mecanismos de autoridad institucional o social que acaban cerrándola políticamente, mientras se enarbolan los principios de la democracia.

El oriente de Cali es un territorio sostenido por la lideranza social, política y humanitaria de las mujeres negras en el trabajo comunitario, en contraste con la gran vulnerabilidad que experimentan como víctimas del conflicto armado, de las “fronteras invisibles” que trazan las pandillas en los barrios, de la violencia machista en los hogares y de un Estado que insiste en instrumentalizarlas como entidades fungibles, serviles y explotables, para una economía apuntalada en la subvaloración del cuidado.

Dentro de las organizaciones sociales, también se revela la tendencia a alojar la participación de las mujeres y disidencias negras en ejercicios relacionados con el cuidado o la dinamización de grupos, representando el límite de la impotencia para la toma de decisiones y el posicionamiento de una agenda feminista, lo cual se vuelve un escenario todavía más excluyente para las mujeres trans negras.

Para problematizar lo anterior, se introduce el trabajo de la Colectiva Poder Trans, una organización comunitaria que busca proteger y empoderar a la población trans racializada y marginalizada del oriente de Cali.<sup>3</sup> Para sus integrantes, la convicción de que pueden aportar en la construcción de un nuevo proyecto de país, llama a una crítica urgente sobre los condicionamientos a su participación dentro de las protestas, no con la intención de deslegitimar su carácter

político; pero sí para evidenciar todas esas formas de violencia material y simbólica que se siguen reproduciendo al interior de los movimientos sociales y que hacen que las travestis, maricas e, incluso, muchas mujeres cisgénero, se sientan inseguras en espacios donde, se supone, se apela por la integración del pueblo. Se traerán experiencias que recuerdan desde palabras, acciones y silencios, que su derecho a la protesta no tiene el mismo nivel de legitimidad respecto al resto de la población colombiana.

Tres de sus integrantes demarcan un análisis sobre el levantamiento social en Cali, desde las formas en que sus propias transitividades desafían la hetero-cis-normatividad como elemento articulador de muchas expresiones políticas alternativas y de izquierda que confluyeron en esta coyuntura y que, constantemente, inferiorizan y desactivan las agendas antirracistas, feministas y disidentes.

Para empezar, está Verónica, una mujer trans negra de 30 años, quien fundó la Colectiva desde la necesidad de instalar un espacio para el debate creativo y la acción política de personas trans en el oriente de Cali. *Ad portas* de finalizar su carrera en la Universidad del Valle, recuenta, con pesar, la decisión de abandonar su formación por cuatro años y dedicarse al trabajo sexual, a causa de las violencias directas e indirectas que recibió de directivos, profesores y estudiantes, incómodos con su presencia y los cuestionamientos que la misma sugería a quienes habitan el privilegio racial, de género, sexualidad y clase.

Al igual que Verónica, Lorena, una mujer blanca-mestiza de 27 años, interpreta la exclusión que viven las personas trans en las universidades, en la constante interrupción de estudios, por la falta de sensibilidad institucional frente a sus realidades y necesidades educativas. Ella advierte cómo ha retrasado su formación 7 años por factores como el

<sup>3</sup> Nombre ficticio para proteger la organización.

rechazo dentro de los grupos, escasos espacios para la representación estudiantil trans y la falta de oportunidades laborales que favorezcan la permanencia.

Por otra parte, Lizzie, firme en la consciencia con la que politiza su corporalidad negra y gorda de 22 años, pone en el centro su autoenunciación como *puta de la calle*, para develar la acumulación de rechazo por parte de una familia que prefería tener un hijo sicario a uno marica, de una escuela cegada por la violencia que la hizo desertar a sus 15 años, y de una industria del sexo que la inhabilita para el modelaje web.

Los testimonios de Verónica, Lorena y Lizzie<sup>4</sup>, integrantes de la Colectiva, consiguen demostrar la selectividad y las estrategias de ocultación que se incorporan a la defensa política de las personas trans, haciendo que las identidades trans negras permanezcan en los márgenes de la incompreensión y el olvido. Por esta razón, llamar a la reactivación de la memoria negra y trans es la oportunidad de reflexionar sobre qué suposiciones y políticas de la memoria se fomentan dentro de varios movimientos políticos feministas y progresistas, que se invierten en asegurar la existencia de las personas negras y trans en el presente y en el futuro (Snorton 2017).

*Yo solo salí 2 veces al paro, una vez con una amiga cis y otra vez con amigas trans. La verdad a mí me da mucho estrés salir porque me doy cuenta que no puedo ir sola, como sí lo pueden hacer otras personas. Algunas personas refieren que la participación de nosotras las trans en el paro es muy baja, pero es difícil porque cuando te acercas a estos espacios te rechazan. Yo he sentido muchas miradas de desaprobación y eso hace que una no se sienta parte de esto. Es difícil saber que a pesar de que se lucha por un cambio, nosotras no estamos*

<sup>4</sup> Nombres ficticios para proteger la identidad de las integrantes

*integradas. Eso es lo que me hace sentir la sociedad cada vez que yo salgo y luego, voy al paro, y lo mismo.*

*-Lizzie*

*Las que participamos somos las que tenemos redes de apoyo y nos hacen sentir seguras en los espacios, que es lo que nos permite a nosotras estar. Yo me demoré un poco en salir. Lo hice 8 días después de iniciadas las protestas porque me sentía insegura. En esos espacios una se encuentra con muchos hombres que, difícilmente, se repiensen su masculinidad y nos pueden atacar. El primer día iba en mi bici y no alcancé a llegar al punto por todos los comentarios transfóbicos que me encontré en el camino. La segunda vez fui para una actividad en la que se estaba convocando a la comunidad LGBTIQ+ y fue más tranquilo, aunque el espacio estaba muy poco concurrido. Eso me hizo pensar si realmente en la resistencia popular hay lugar para las personas diversas. Después de reflexionar un poco, me di cuenta de que, sí lo hay, pero solo porque hay algunas personas cisgénero que nos permiten estar y se comprometan con nuestro cuidado y bienestar, pero no es algo que se pueda dar por sentado. Incluso cuando las personas diversas estamos en grupo, nos sentimos muy expuestas a las violencias. En el caso de nosotras las transracionalizadas, también nos sentimos interceptadas por los estereotipos de las mujeres trans blancas, de cabello liso y estéticamente agradables, lo cual tiene mucho que ver con la aceptación que una recibe.*  
*-Verónica*

Los testimonios anteriores reflejan cómo la heterogeneidad cultural también hace alusión a un ordenamiento y una jerarquización de las diferencias culturales en el espacio económico y sociocultural del país (Viveros Vigoya 2013). El sometimiento en la participación de personas racializadas y disidentes

dentro de la movilización se da a partir de la proximidad que puedan tener a personas blanco-mestizas, heterosexuales y cisgénero, en tanto les “custodiarían” de los comportamientos racistas y sexistas.

En este sentido, aparece una primera condición y es la de la sumisión cultural (Pickens 2019) que se exige a las personas racializadas y disidentes para agremiarse en escenarios de dominancia masculina, como fueron las primeras líneas de resistencia donde los hombres jóvenes fueron protagonistas, sin escapar a la feminización que hicieron de esas otras subjetividades no performativas del “aguante” que demandaba un contexto de suma persecución y violencia del Estado.

Asimismo, el *Ocularcentrismo* (Pickens 2019) en la movilización social puede ser otro lente para analizar la participación política, ya que una constante preocupación para las mujeres trans racializadas, fue el tratamiento masculinizado que recibieron tanto en los retenes de la policía, como en los cordones de seguridad dispuestos por las primeras líneas de resistencia, por la notoria vinculación étnico-racial. Los siguientes relatos de Lorena y Verónica demuestran que la racialización del género es un reducto de la sumisión cultural a partir del doloroso encuentro con un mundo que opera según lógicas antinegras (Pickens 2019).

*Alguna vez fui a un punto de resistencia y me interceptaron unos hombres encargados de la seguridad del sitio. Cuando logré pasar, ellos me gritaron “loca” y de ahí en adelante escuché el estruendoso eco de los demás hombres. Creo que eran más de 200 y todos se burlaron de mí. Luego me arrojaron una piedra. Yo relaciono ese episodio con el hecho de que no estaba tan arreglada. Cuando una no tiene una apariencia “deseable” a los hombres, te vuelves más susceptible a que te menosprecien y agredan. Afortunadamente, la roca*

*no me generó ninguna lesión, pero me indigna demasiado que en un espacio donde se esté hablando de resistencia y transformación, acciones como esta sugieran que no hay una verdadera intención de transformar estructuralmente la sociedad. Luego, me entero que un amigo, que estaba liderando procesos en el paro, presencié todo y no sancionó el hecho. Hasta ese momento dejé de considerarlo como tal, aunque soy consciente de que las violencias hacia nuestras vidas no producen ninguna conmoción social. A una compañera también le tocó asumir una performatividad masculina para poder llegar a uno de los puntos de resistencia, ya que en los cordones de seguridad siempre la ridiculizaban. -Verónica*

*Es tanta la ansiedad que una siente que es muy difícil estar allí. Podía estar máximo media hora y luego me entraban unas ganas desesperadas de irme. Unos tipos empezaron a gritarme “¿eso es todo lo que puede resistir?”, dándome a entender que estaban observándome desde que llegué hasta que me fui. Yo cuestioné mucho esa experiencia y me di cuenta de que mi inseguridad no era por un posible ataque de la fuerza pública, sino porque las mismas personas con las que debería poder tener un lugar seguro, no me lo ofrecen. Fue como sentirme relegada a participar del paro desde la virtualidad. Asumiéndome como parte de esta resistencia colectiva, es muy triste sentir que una pone su resistencia por personas que solo nos quieren de chiste o muertas. La pregunta es ¿cómo una hace para levantar la voz sin que eso desmerite una lucha tan necesaria? -Lorena*

La imbricación racial, sexual y de género desde la que se narran estas mujeres, cuestiona la aparente validez a su disidencia dentro de los movimientos sociales, de acuerdo con la construcción colonial del cuerpo

negro como una desprovista de género (Spillers & DuCille 2018), maleable, cosificable e intercambiable para los fines de la modernidad. Ese legado de la colonialidad también puede interrogarse desde las expectativas que se generan alrededor de un cuerpo que no logra comprenderse desde lo humano, sino desde atributos que históricamente han sido animalizados, hipersexualizados y fungibilizados.

De acuerdo a Snorton, la condensación de la transexualidad en la categoría de transgénero es una narrativa racial, ya que también atiende a cómo la negritud encuentra su articulación en la transexualidad. Al mismo tiempo, explica cómo el género, como “anagrama” en el marco de la modernidad negra, contribuye a reinterpretar las formas reductoras en que se leen el sexo y el género binarios. Lorena y Lizzie nos cuentan:

*En muchas ocasiones, los hombres se dirigen a nosotras, las mujeres trans, de maneras representativamente masculinas, incluso cuando estamos muy feminizadas o nos acompañan otras mujeres cisgénero. En el paro, también varios hombres querían sacarse fotos conmigo porque pensaban que yo estaba disfrazada, cuando yo estaba luciendo mi apariencia habitual. Esas “pequeñas” interacciones cotidianas hacen que se siga legitimando las violencias y riesgo de muerte para nosotras.*

*Un hombre activista, que se afirma como heterosexual y cisgénero, creó una performance que circuló por varios puntos de resistencia, donde nos ridiculizaba con su personaje “Mariconeta”. Aunque muchas buscamos persuadirlo de que su trabajo reproducía un imaginario violento para las mujeres trans, él se negó a ser autocrítico. Realmente preferimos no escracharlo porque no quisimos generar controversias en un momento tan crítico dentro de las protestas, donde la*

*brutalidad policial estaba cobrando tantas vidas. Sin embargo, nos quedamos con la sensación de que, ni siquiera en este momento, tenemos derecho a alzar la voz contra la violencia que ejercen contra nosotras. -Lorena*

*Hubo una actividad liderada por un grupo de feministas cisgénero que consistía en pintar huellas en el cuerpo de las chicas que participarían. Cuando yo me acerqué, una de las dinamizadoras le dijo a otra “encárgate de eso”. Situaciones así me dan los argumentos para decir que a muchas feministas (que también se declaran pro-trans), les incomoda nuestra presencia en el activismo. Es triste que esa utopía feminista de que todas seamos reconocidas se siga sintiendo tan lejana. -Lizzie*

Una última reflexión de Verónica cuestiona la radicalidad de la protesta social, cuando puede mostrarse tan indiferente frente a las violencias racistas y transfóbicas. Para ella, la coyuntura del paro nacional no logra ampliar la capacidad de la sociedad para imaginar y “construir mundos negros y trans más habitables” (Snorton 2017, p.14). Aludiendo a una de las arengas más escuchadas en las movilizaciones - *el que no salte es uribista y maricón* – gran parte de la ciudadanía recurre al mandato hetero-cis-normado para asumir que la identidad trans es equiparable a una construcción tan repudiable como la barbarie producida por el uribismo y desconociendo su inscripción como sujetas de derecho tanto por las instituciones, como por las mismas personas con las que comparten el día a día.

*¿Qué país estructuralmente distinto es el que va a construir un manifestante que apedrea a una mujer trans? ¿O qué país radicalmente distinto va a construir el*

*la acción, estén realmente cuestionando estas cosas, llamando y posibilitando nuestra participación en estos espacios.*

– Verónica

### **La armonía multicultural ¿una aspiración para quién?**

Oscilando entre la “incomprensión producida” o la “ignorancia consentida”, la idea de una posible armonización de las relaciones históricas basadas en la raza y el género en el marco de la democracia sigue siendo superada por su incapacidad fáctica para desmontar la arquitectura que patrocina la violencia antinegra y anti-LGBTIQ+. De este modo, la suma de esfuerzos en la lucha por la justicia racial y de género, a partir de la incorporación de personas autorreconocidas o validadas colectivamente como aliadas, habla de una marcada tendencia a elegir, en muchos sentidos, el idealismo político sobre la incomodidad de la crítica.

Al reconocer tal escenario, es posible considerar que el ejercicio del aliado blanco (o no negro), heterosexual y cisgénero, es también constitutivo de aquellas formas donde su ciudadanía es apenas cuestionada o, por el contrario, altamente exaltada desde una visión progresista, pero que inadvertidamente proponen una reescritura de lo racial que evita la crisis de reconocer la complicidad histórica en la que se han construido las formas de pensar la negritud y la identidad trans.

La fantasía de la comunidad amada resulta ser un lugar eficaz de autocontención y autorredención política para un discurso de la sensibilidad no negra y hetero-cis-normada que también se autodenomina custodia de la justicia social, donde el aliado que “se presenta” y “hace el trabajo” de concientización/ testimonio, enmascara una falta de voluntad fundamental para dar cuenta de la vida más allá de la esclavitud y luego

organizarse en consecuencia (Bedecarré 2018).

En el propio debate sobre el papel del aliado blanco (o no negro) hetero-cis-normado subyacen cuestiones aún más implicativas. ¿Bajo qué paradigma de colectividad surge este papel? ¿A qué aspira una conciencia multicultural de la negritud y lo trans? Mientras diversos movimientos y colectividades discuten la viabilidad de las alianzas, es la propia identidad racializada y sexo-género-disidente, en su praxis política, la que refleja el condicionamiento contra el paradigma multicultural y no al revés. Esto se debe, en gran medida, a que los aliados se niegan a situarse en las relaciones de poder de la esclavitud y, por tanto, se niegan a reconocer la necesidad de la autodefensa negra y disidente (Bedecarré 2018).

Es necesario seguir analizando lo que moviliza y traza políticamente la negritud en un proyecto político multicultural, especialmente en sus efectos directos sobre las dinámicas organizativas y participativas de las comunidades negras y sexo-género disidentes donde se inserta. En otras palabras, debemos permanecer en este proceso de nombrar y describir los problemas en lugar de saltar hacia la comodidad de la resolución, no como un ejercicio de crítica por sí mismo, sino porque nuestros actuales modos de análisis y organización no han dado lugar al fin de la violencia antinegra (Bedecarré 2018).

### **BIBLIOGRAFÍA**

Bedecarré, K. (2018). *Doing the work: The Black Lives Matter Movement in Austin, Texas*. Ph.D. Dissertation, The University of Texas at Austin.

Hale, C. (2005). *Neoliberal Multiculturalism: The Remaking of Cultural*

Rights and Racial Dominance in Central America. *PoLAR: Political and Legal Anthropology Review* 28 (1): 10-28.

Wade, P. y Moreno Figueroa, M. (2009). "Introduction." *Against Racism: Organizing for Social Change in Latin America*. University of Pittsburgh.

Hartman, S. (1997) *Scenes of Subjection: Terror, Slavery, and Self-Making in Nineteenth-Century America*. Oxford University Press.

Hill Collins, P. (2000) *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*. Routledge.

Lorde, A. (1984) *Sister Outsider: Essays and Speeches*. Trumansburg: Crossing Press.

Pickens, T. A. (2019) *Black Madness: Mad Blackness*. Duke University Press.

Snorton, C. R. (2017) *Black on Both Sides: A Racial History of Trans Identity*. University of Minnesota Press.

Spillers, H. y Du Cille, A. (2018). Expostulations and Replies. *differences*, 29 (2), 6-20.

Viveros Vigoya, M. (2020) Los colores del antirracismo (en América Latina). *Sexualidad, Salud y Sociedad (Rio de Janeiro)*, N. 36 (Dec 2020), 19-34.

Viveros Vigoya, M. (2013) "Género, raza y nación. Los réditos políticos de la masculinidad blanca en Colombia." *Maguaré*, 27(1), 71-104.

Viveros Vigoya, M. (2009). La sexualización de la raza y la racialización de la sexualidad en el contexto latinoamericano actual. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia* 1 (Enero-Diciembre): 63-81.